

## El *Otro* inmigrante “negro” y el *Nosotros* chileno. Un lazo cotidiano pleno de significaciones

Por María Emilia Tijoux\*

### I

En términos generales lo “blanco” es referencia nacional versus lo “negro”, que produce la construcción estereotipada del inmigrante como un imaginario de la herencia colonial y de la diferencia dada en la constitución del Estado-nación, que buscó el progreso europeo excluyendo al “indio” y al “negro” para construir un *si mismo blanco*. Los inmigrantes “negros” son objeto de una racialización/sexualización contenida en el proceso deshumanizador impuesto por la Colonia que esclavizó, marcó y diferenció a toda una población como “raza”. En América Latina el mercado de esclavos fue una práctica recurrente de la economía más invisibilizada en Chile, aunque en 1786 los esclavos se transaban en el mercado y costaban en promedio 350 pesos cada uno (Dubinovsky, 2007). En 1778 la presencia de esclavos se consignaba con los empadronamientos de Jáuregui que señalaba a un 9,8 de población “negra” y en 1812 con el del Obispado de Concepción (de Maule al Sur) que contabilizaba al 3,7% de la población como “negra y mulata” y de profesión “esclavos”. Las formas de esta domesticación de esclavos negros en la Conquista, la época colonial, la Independencia y la modernidad, advertían ya del ‘control racial’ de los cuerpos en las políticas de trabajo, higiene, vivienda y salud. El proyecto modernizador que usó a la “raza” como categoría de clasificación y de diferenciación social (Barrenechea y Angulo, 2011; Briones, 2004; Mellafe, 1959; Peri, 1999; Azúa, 2001; Cussen, 2009; Mejías, 2007) hoy permite dar cuenta de transformaciones históricas y de nuevas formas de racismo. Sobre las migraciones vinculadas a la “raza”, diversos estudios contemporáneos (Appia, 2000; Bashi y McDaniel, 1997; Cordero-Guzmán, Smith y Grosfoguel, 2002) descubren fases y características sociodemográficas y económicas de la migración latinoamericana actual en Chile (Martínez, 2003; Mora, 2008; Novick, 2008; y Stefoni, 2002, 2003 y 2004). La sexualidad surge en los debates sobre las formas en que la “raza”, la sexualidad y la clase producen formas de ser, sentir y actuar. Importante es la articulación racismo/sexismo abordada por el discurso feminista negro en Estados Unidos y Francia, que lleva a preguntar por las metodologías adecuadas para abordar el sexo y la “raza”, especialmente frente al ingreso crítico a la noción de interseccionalidad que arriesga uniformizar posiciones socialmente antagónicas (Dorlin, 2007; Platero, 2013). Importa la especificidad del caso chileno en el actual campo migratorio por ejemplo, en el lugar y el rol de la mujer colombiana “negra” en Chile, debido a la actualidad fetichizada y racializada de su figura. Vale también historizar los conceptos de “raza” y categorías políticas como lo “femenino”, pues la “raza” es concebida como performatividad definida por las marcas del disciplinamiento en los estereotipos coloniales (Butler, 2010). Los procesos de colonización y la conformación del Estado–

\* Universidad de Chile. E-mail de contacto: emiliatijoux@uchile.cl Mis agradecimientos para el Proyecto Fondecyt Regular N° 1130203 denominado “Inmigrantes “negros” en Chile: prácticas cotidianas de racialización/sexualización”, que permite la ejecución de la presente investigación.



Nación serían momentos fundacionales de las categorías raciales y sexuales sobre los “negros”, que fundamentan prácticas del racismo contemporáneo configurando formas de odio/deseo instauradas en dichas categorías (Dorlin, 2007). La presencia de inmigrantes “negros” muestra situaciones alojadas en sus cuerpos que supuestamente se pueden percibir y diferenciar según el color, la forma, los “olores” o el “carácter cultural” los convierte en bulliciosos, violentos, ladrones y promiscuos. Discriminación, exclusión y racismo son fenómenos vistos y escuchados en situaciones e interacciones cotidianas basadas en la negritud de antes y la de ahora, que develan la alteridad fraguada en representaciones coloniales de un Otro que ‘no existe’, pero cuya ausencia arma un imaginario apartado de la realidad. La relación entre “raza”, sexualidad y migraciones adquiere características particulares y configura una relación universal desde la cual se construyen paradigmas pseudocientíficos que tienden a consolidar una mirada común sobre los inmigrantes, especialmente sobre los “negros”. El racismo surge como la producción relacional promovida por el temor y la rabia surgida de la heterofobia que realza de manera generalizada y definitiva, diferencias reales o imaginadas sobre el Otro a excluir, rechazar o expulsar. Triunfa así un discurso cientificista que crea el racismo biológico y con él, la producción de una teoría racionalizada y legitimada que se incorpora al sujeto racista y al sujeto racializado. La fuerza de la Nación en dicha producción está muy presente, debido a los constantes esfuerzos identificatorios de los chilenos por un posicionamiento que los ubique en lugares superiores frente a inmigrantes que representan el peligro de una otredad que aparece como amenazante y contaminadora. Esto invita a examinar con mayor cuidado a la migración como un fenómeno vinculado a desplazamientos normales de la globalización actual que oculta discursos racistas que anteponen diferencias culturales para justificar y producir la sobre-representación de la otredad. A su vez, ello reproduce su subordinación (Memmi, 1982; Balibar, 1991; Fassin, 2009) imponiendo al racismo en un contexto nacional de producción de nacionalismos que profundizan la noción de “raza”. El lazo entre racismo, nación y clase (Balibar, 1991) señala que es el nacionalismo y la lucha entre las clases los que producirían al racismo y no las diferencias biológicas como comúnmente se piensa.

## II

El estereotipo es un concepto incrustado en el lenguaje cotidiano y su definición surge como idea y concepto que las ciencias sociales han acuñado -en la línea de W. Lippmann (1922)- como “una imagen en la cabeza” que designa atributos imaginarios que categorizan y determinan formas de pensar, sentir y actuar. El estereotipo es una representación colectiva simplificadora, aplicable a individuos y a grupos determinados, una creencia exagerada asociada a una categoría (Allport, 1958) que facilita *nombrar* por ejemplo a un “negro”, asociándolo a un grupo para generalizarlo. Es un concepto útil que permite aprehender a un individuo que aprehende a otro, que lo percibe y lo aprecia, o que lo desprecia o concibe en realidades particulares y un interesante indicador de la política de representaciones, observada en los significados y percepciones de los inmigrantes y chilenos/as, según sea la posición que tienen en el campo de las relaciones sociales de la inmigración en Chile. Significar entonces los estereotipos, no es una tarea complicada cuando los datos más negativos respecto a las personas constituyen los *habitus* que luego el sentido común despliega en el campo de las migraciones actuales. El estereotipo como *doxa* debe relativizarse para desarmar los mitos que controlan el lenguaje y la vida, desde la semiología de la significación



(Barthes, 1997) hasta en modo en que las instituciones sociales admiten su interpretación y vigilan el sentido de sus significados para fortalecerlos. El cuerpo “negro” *generalizado*, contiene signos y mitos que devienen verdades y juicios legitimados vinculados a la “raza” y a la sexualidad. Así se facilita la construcción de los *clichés* de Fanon, cuando refiere al uso de la máscara negra y a la exageración del estereotipo como un todo atado al referente cultural de la cultura blanca. El “negro” y la “negra” no son más que estereotipos, fuertemente ligados a una sexualización racializada observable por ejemplo, en la “fuerza” masculina inscrita en el cuerpo que trabaja duro y que avisa al mismo tiempo de la performatividad sexual contenida en la “imagen en la cabeza” de las/os chilenas. La otredad opera como demanda de una corporalidad distinta que permite –una vez más–, la constitución de un *sí mismo* chileno blanco y por lo tanto, diferente y separado de lo que lo constituye y que se debe excluir o separar. La diferencia marca al cuerpo Otro como una forma que deshumaniza, desposee de sentimientos y en ocasiones animaliza. La forma y el color significan negativamente estos cuerpos como lugares del rechazo y del deseo descifrado en distintas manifestaciones. La percepción como medio que permite conocer el mundo exterior, se identifica con la sensación y la inmediatez inestable y singular que sirve a la adaptación. O lo que Merleau-Ponty (1994) explica como contacto ingenuo con el mundo de un sujeto que percibe, encarnado en una naturaleza que es centro de su subjetividad. Si existir es estar en el mundo, en la comprensión de lo que ese mundo significa y tener la convicción de su unidad y su coherencia, percibir al Otro es percibir su diferencia, pues es un Otro concebido como alteridad indeterminada de una extranjería inmigrante, *no blanca* que representa carencia, pérdida de referencia, anomalía e inquietud.

### III

Entrego en este apartado algunas voces que significan y perciben los estereotipos sobre “negros/as” y chilenos/desde cuerpos racializados/sexualizados que hemos observado y entrevistado en el primer año de trabajo de la investigación en curso<sup>1</sup>. Los entrevistados muestran una identificación que pone en escena diversas significaciones para la posición específica de su extranjería y una autopercepción e identificación que tiene por ejemplo, un carácter regional (caribeño) y nacional (dominicano) que supone pero nunca explicita el carácter afro o el color de la piel. A veces se prefiere la denominación “moreno”, pues se consideraría que la piel no es tan oscura y/o que el término “negro” puede ser ofensivo.

Soy caribeña, dominicana, la gente se da cuenta. No tengo problema por ese lado.  
(EMT3)

¿Yo? [soy] moreno porque yo no soy negro, hay personas más negras que yo. Pero igual, hoy en día no se le puede decir negro a uno por el color. Decir moreno es mejor, porque ofende menos a la persona y se sienten menos mal las personas.  
(EHT1)

<sup>1</sup> Los entrevistados son hombres y mujeres identificados con H/M y se agrega el número del terreno (1, 2, 3,4). Lo mismo se hace con las observaciones.



También se significan las diferencias entre chilenos e inmigrantes “negros”. Estos últimos tienen un carácter amigable e inclinado a la celebración, mientras que los chilenos serían más serios y tranquilos. La mujer chilena tendría un carácter frío, aburrido y desagradable, y un humor cambiante al momento de relacionarse con la mujer inmigrante “negra”. Dichos caracteres estarían inscritos en los cuerpos, lo que se ejemplifica por ejemplo, en la disposición al baile y a la música por parte del inmigrante, frente a la “incapacidad” de los chilenos para expresarse con el cuerpo. En esta primera instancia el discurso no presenta una explicitación del color como diferencia, sino como distinción en términos nacionales y temperamentales.

... nosotras somos mejores. ¡En todo! ¡En todo! las chilenas son muy aburridas, y pesadas. Sí que son tipo light, cambian, de repente están bien con uno, y de repente cambian, no sé qué es lo que se le mete a ellas, de repente... (EMT3)

Cada país viene con su idiosincrasia y con sus raíces, yo vengo de un país donde la gente... como que somos más fiesteros acá son más serios más como es no sé cómo explicarme (...) [Hay] más el ritmo, el sonido, otra forma de bailar distinta a los chilenos. (EHT4)

La música fue una cosa innata... la música fue por el hecho de ser (...) país de tambores y aprendimos, aprendimos... primero con el hermano, después con un amigo, grupos tocando, haciendo lo de la época y empezamos primero tropical, primero cumbia, plena (...) y de ahí no paré más, nunca, siempre trabajando en otras cosas pero siempre la música, la música, la música. (EHT4)

Yo digo que el colombiano es más alegre. Pienso que a los colombianos les gusta expresarse más, el chileno es más tranquilo. (EHT1)

En lo que atañe a las mujeres inmigrantes, éstas evidencian un discurso que enlaza racialización y sexualización cuando se identifican con el color de su piel. El concepto que permite ingresar a la racialización/sexualización -en función de los significados y percepciones-, es la “afectuosidad” construida en los lazos con el hombre. Las mujeres dispondrían de una afectuosidad *deseada* que opera en términos descriptivos (la mujer “negra” es cariñosa en oposición a la chilena calificada como fría o distante), y también como clasificación jerarquizada en términos de la posesión o la carencia de afectuosidad (la mujer “negra” es más afectuosa, es una mujer *mejor* para el hombre). El discurso jerarquiza a las mujeres de acuerdo a dicha afectuosidad, aun cuando ésta puede ser considerada simbolización de una “táctica” (de Certeau, 2000) que permite su entrada a la vida social y/o incluso laboral en Chile. En cuanto al hombre, sigue estando en una posición privilegiada, siendo su satisfacción afectiva y sexual la que establece la medida de la jerarquía, al igual que sus recompensas simbólicas, afectivas y materiales. Este ordenamiento vertical reproduce la posición dominante masculina, relegando a las mujeres a una posición subordinada y objetivada en sus cuerpos, en tanto fuentes de placer y cariño y, promoviendo su desenvolvimiento en el espacio doméstico o en espacios laborales sexualizados. Esta tensión de dominación masculina que prepondera, surge también en las interacciones laborales y cotidianas, respaldando la tesis de que la interseccionalidad analítica de los antagonismos sociales al homogeneizar reivindicaciones comunes a partir de “raza”, sexo, clase y migración, podría esconder conflictos internos de los grupos subalternos en sus prácticas y percepciones.



A los chilenos les gustan las negritas, entre más negra es mejor, sí, les gustan las mujeres mulatas (...) porque ellas [las chilenas] son muy frías en la cama, y no atienden a su pareja como es debido, nada más lo atienden el 30, en fin de mes. [No se trata de] ¡Oh! todos los días no, simplemente el sexo, porque simplemente en la cama no se atiende al hombre, hay muchas formas de complacer a su marido (...) y nosotras no, estamos en el día a día con ellos. En las buenas y en las malas (...): si, somos mejores, somos más cariñosas, estamos más atentas en todo. Más cariño. (EMT3)

Una segunda dimensión de la racialización/sexualización que se pone en juego es la “flojera”, en distintos ámbitos de las expectativas dominantes de género. La “frialidad” de la chilena es vista como indiferencia o instrumentalización económica del hombre, pero sobre todo como descuido del rol, que permite que la mujer “negra” con su afectuosidad, satisfaga al hombre física y emocionalmente. La distinción jerárquica en este caso, señala que la “negra” es *más mujer* que la chilena, exacerbando su carácter femenino. La sexualidad se racializa bajo el argumento de la eventual imposibilidad de satisfacer al hombre chileno, dado que la piel opera como concepto que sublima la totalidad del cuerpo negro. La “flojera” del hombre se significa en el trabajo, los chilenos serían “incapaces” de someterse a ritmos extenuantes y a recompensas precarias como sí lo hace el inmigrante. La energía del negro lo dispone al trabajo pesado, lo que podría corresponderse con estereotipos coloniales vinculados a la esclavitud.

Hasta ellos mismo han dicho que son flojos. (EHT2)

Mira, como en el caso de mi marido, él trabaja todos los días y ellos por nada, por una tos no van, son muy flojos, duran hasta una semana. Y él así como está, por ejemplo más o menos, va a su pega. Si son ellos que amanecen así [enfermos] y ya con eso toman una semana de licencia... Y en las mujeres igual se han visto muchas cosas, porque no sé, a las dominicanas se han visto cosas aquí (...) las chilenas son muy flojas y el hombre se queda donde le dan cariño. A los hombres les gustan las mujeres morenas porque tenemos la piel más suave. Y tú sabes que la mujer chilena tiene tanto pelo, tanto vello, que tiene la piel súper dura. Y a ellos les encanta tocar a uno por que una tiene la piel más suavcita (...) yo voy a la peluquería (...) yo me arreglo todo los domingos, ¡esa es una morena! (EMT3)

La masculinidad del inmigrante surge con fuerza, manifestada en el trabajo, la sexualidad y la “afectuosidad”. Es el estereotipo del vigor sexual del hombre “negro”, que sería preferido por las chilenas por su cuidado en el trato con la mujer, pero también por el carácter exótico de sus caricias y la aparente fantasía de un pene grande y permanentemente erecto.

Sí, que a las mujeres chilenas les gusta lo negro. (EHT1)



Mira yo he tenido varias novias, y me dicen que hasta el abrazo y el beso tienen mucho la diferencia de lo que ellos dan, es mucho de sentimiento, de cómo se entrega ¿no? y todo. (EHT2)

... a las chilenas les gustan los negros, porque lo tienen grande, dicen ellas, quieren a los negros por que los negros lo tienen duro y grande...” (risas) igual hay chilenos, hay de todo, esas son cosas de la gente, igual hay dominicanos que lo tienen chico, que lo tienen grande, eso es mundial. Si fuera por eso entonces los negros todos tuvieran mujeres, los blancos estarían solos (risas). (EMT3)

... puede que tengan razón, puede que sí, puede que no, los negros no somos todos iguales tampoco como había un chiste que... salió en una revista, que todos los negros no son iguales, después te explico [se ríe]: eran tres indios estaban uno con un taparrabito así [gesto del tamaño del taparrabo], el otro con taparrabo así y el otro con un taparrabo grande y abajo decía ‘no todos los negros son iguales. (EHT4)

Los inmigrantes significan estas percepciones sexualizadas, desde aparentes contradicciones entre la atracción sexual ejercida por sus cuerpos y la frialdad del comportamiento sexual de hombres y mujeres chilenas. El chileno es percibido como de sexualidad reprimida, pero también como hombre “caliente” y a la vez tímido, retraído, aburrido y deprimido. Como respuesta, el mercado construye y propone lugares para que esta sexualidad se tense, como el *café con piernas*<sup>2</sup>, donde el chileno se entrega a la contemplación del cuerpo “negro” sexualizado, manteniendo una fachada desexualizada en el espacio público que es percibida como hipocresía por las inmigrantes, quienes declaran que el chileno entra al *café con piernas* porque es un espacio oculto a la mirada del transeúnte. Se advierte una contradicción permanente entre morbo y recato. Estos cuerpos son “mirados” -en el café donde trabajan- si bien los hombres desmienten o repliegan esas miradas con temor en los espacios públicos. Esta ‘hipocresía’ es percibida en las interacciones laborales entre los chilenos que caracterizan como aduladores de los superiores, “chupamedias”, “sapos”, envidiosos, acostumbrados a los chismes y capaces de burlarse de los demás y de sí mismos. Desde estas diferencias, significan la excepcionalidad de sus cuerpos.

Es que el chileno es caliente, porque el chileno es retraído, el chileno necesita a alguien donde nadie lo vea y de sacar de repente eso, ver de repente, eh... no sé... es morboso, eso es lo que pasa, por eso funciona mucho aquí, en invierno, acá funcionan muchas cosas que de repente el país tapa (...) acá tu andas en minifalda y poco menos te quieren violar (...) le falta un poquito de decir las cosas en la cara (...) no son felices. (EMT3)

<sup>2</sup> El “Café con piernas” es un tipo de café chileno que existe desde el período de la dictadura, atendido solo por mujeres vestidas con ropas ajustadas y a veces con muy poca ropa. Los hay abiertos, semiabiertos y cerrados con vidrios empavonados. Los clientes tienen la posibilidad de interactuar con las trabajadoras de forma muy cercana, gracias a la disposición del espacio que permite estos encuentros. Los cafés más cerrados los frecuentan hombres y actualmente son lugares de referencia para el mercado del turismo. Actualmente y debido al aumento de la inmigración las “negras” son muy requeridas en este rubro debido al interés de los chilenos por ser servidos por ellas.



Los chilenos/as desarrollan prácticas que evidencian significaciones racializadas/sexualizadas respecto a los inmigrantes a través de estereotipos sexualizados que significan como “valiosos”. El chileno ve a la mujer “negra” como celosa e interesada por el dinero, aun cuando no hay indicios que justifiquen este decir. También considera normal el acercamiento corporal y las palabras afectuosas dispensadas a la inmigrante y utiliza de modo recurrente el adjetivo “mulata”, poniendo así una etiqueta al estereotipo racializado/sexualizado.

Un hombre delgado de unos 50 años se acerca a una de ellas [inmigrante “negra”] y la saluda efusivamente con un beso en la mejilla y tomándola de la cintura mientras le dice ‘¿cómo ha estado mi reina de Saba?’. La mujer reacciona fríamente al saludo sin responderle, mientras el hombre le pone en la mano un rollito de billetes diciéndole “dígame al guatón que en la tarde le traigo las jabas”. La otra mujer junto a mí lo interpela como respondiendo al saludo inicial con una sonrisa “yo, muy bien, gracias, y usted”; “pero si usted sabe que ella es mi reina y usted mi princesa” contesta el hombre, lanzándole un beso con la mano. Al pasar tras de mí mientras se marcha el hombre me pone la mano en el hombro y me dice a corta distancia pero en voz alta “son celosas las mulatas, como lo ven a uno joven y con plata lo andan puro joteando. (Obs. T1)

Se advierte en los chilenos la idea de un virtuosismo sexual que se agrega a la afectuosidad como atributos de la mujer inmigrante cuyo cuerpo los hombres buscan, en una suerte de acuerdo social implícito que ignora su incomodidad. Esta sexualización opera por el interés chileno ante *partes* del cuerpo femenino: los glúteos; o del hombre: el pene. Se trata de la construcción de marcas físicas concentradas en la idea de una negritud racializada/sexualizada en el imaginario cotidiano chileno. Las características físicas serían indicadores de apetito sexual y “salvajería” pues los chilenos significan la negritud de modo sexualizado y la perciben como una habilidad para seducir y atraer. Lo “negro” es percibido como un color/capital incorporado para el trabajo, que surge como estereotipo por ejemplo, mediante la broma de doble sentido:

La cocinera colombiana sale a servir platos. En varias ocasiones los hombres le hablan y preguntan cosas, y en un momento un cliente llega y la saluda a ella en la mejilla afectivamente, sin saludar a las chilenas. Ella se incomoda, pero de todas formas le devuelve el saludo. (Obs. T2)

Había una inmigrante “negra” atendiendo. Vi varias miradas dirigidas con curiosidad hacia ese cuerpo. (Obs. T1)

... uno de los vendedores le dice al otro mientras mira hacia afuera a una pareja joven que se dirige hacia allí por la explanada, “cacha la gringuita”. La pareja es abordada por el garzón “negro” frente al restaurante: “guarda rucia que viene el negro”, dice riendo el hombre que esta con la balanza: “mami que será lo que quiere el negro”, canta riendo el otro mientras hace el ademán de bailar con un gran cuchillo en la mano. Intentando hacer parte del ambiente distendido, intercambio algunas palabras con los vendedores. “El negro es super simpático”, me cuentan, “es entrador... es la joyita”. “Le ha ido bien aquí en el mercado... es



bueno pa' la pega" (...) "cuando pasa una cliente, el negro salta 'al tiro', se la engrupe y zas, pa' dentro", me dice el mayor de los vendedores marcando con un gesto el doble sentido de la frase. (Obs. T1)

Los inmigrantes "negros" son vistos como poseedores de una personalidad atrayente que usa la negritud como una táctica para buscar clientes. Así se reproducen y amplifican las significaciones dadas a los estereotipos sexualizados mediante bromas homoeróticas y de promiscuidad. Los inmigrantes -en ocasiones- parecen seguir el juego y aceptar la etiqueta. Conviene destacar que su reacción frente a estos estereotipos sexualizados en el espacio público es activa, pues aparentemente siguen el juego de las bromas y de la instrumentalización de sus cuerpos vistos como objeto de deseo. La reacción de las inmigrantes "negras" contrariamente, suele ser pasiva y sin mayores manifestaciones respecto a la actitud de los chilenos.

El local se encuentra junto al baño (...) la cercanía del local con la puerta de entrada al baño permite que el inmigrante "negro" junto con la venta del producto (paltas) haga bromas a las mujeres cuando van entrando: no les dice nada, pero les sonrío, se les interpone, hace el gesto de estar bailando y tapa la entrada, la mayoría se ríe, pero algunas mujeres se muestran molestas con el 'juego'. (Obs.T1)

...le pregunto si está buena la fruta, y me dice: "claro, tú crees que yo te voy a vender fruta sin sabor como los chilenos, fresca y sabrosa está toda la fruta". Algunos hombres se ríen y yo también. Después llega un, vendedor de otro sector y lo saluda como amigo, le dice "negro" como has estado, y le hace unas bromas que no logro comprender muy bien, que hacen alusión a cierta bisexualidad u homoerotismo, algo así como: "uy, negro si te gustan los dos, con un hombre ahí, te has ganado tú plata". Se ríen los dos, él no se molesta en lo más mínimo, todo lo contrario, le sigue el juego. Después un chileno (...) se ríe y le dice: "este negro, que es chistoso, ¿oye y dejaste a tu mujer allá?" y él le dice: "sí la deje con el otro"; se ríen y el "frutero" dice: "si aquí tengo otras", se continúan, riendo, él me entrega mis bolsas, y me dice "bye", riéndose. (Obs. T1)

Su acento puede haber sido cubano o dominicano, no supe distinguir bien. En todo caso, caribeño. Cuando llegó mi turno, le pedí probar un queso de cabra, avanzó hacia el mostrador a cortarlo. Uno de sus compañeros estaba agachado hacia el mostrador, entonces él avanzó a ponerse por detrás de su compañero e hizo la mímica de 'cogérselo', entre la risa de todos los compañeros, incluido el que estaba agachado. Luego de eso, empezó a bromear con otro de los compañeros de trabajo, el que atendía la caja. No pude entender muy bien la historia, pero le decía a su compañero que tenía que tener cuidado, que si él se quedaba dormido y su polola también, el otro compañero se iba a "agarrar a la polola"... todos se reían amistosamente. (Obs. T1)

Surge una clasificación jerarquizada de los inmigrantes que muestra la invisibilización de personas que, llegadas en las mismas condiciones, no son percibidos como tales. En este sentido se enfatiza una comprensión limitada del concepto



inmigración, tal como lo advierte un trabajador chileno de un mercado de abasto habituado a tratar con inmigrantes que buscan laborar en estos lugares. Son “inmigrantes” los estigmatizados por su origen, tanto por las características de su inmigración (trabajo precario y pobreza), como por los elementos causales vinculados a los aspectos históricos, económicos y políticos que explican su situación. La inmigración los incluye pero al mismo tiempo que excluye a otros extranjeros que igualmente llegan buscando mejor vida, pero que la sociedad chilena no cataloga del mismo modo. Decir inmigrante implica referir a un estereotipo (marca, frontera) y a una imaginación y representación que se vincula tanto al origen como a las características negadas de un país, una región o una comunidad.

Sí, lo que pasa es que, bueno empezó a pasar masivamente unos 6 años atrás. Ehh, llegaron muchos inmigrantes. Normalmente la gente cruza inmigrante con negro, peruano, pero resulta que el inmigrante no es más que toda persona que está en un país que no es su país. Aquí hay norteamericanos, españoles, colombianos, europeos, dominicanos, que hay mucho ahora, hay de todo. La gente solo identifica una parte, la gente habla hoy de inmigrante, del colombiano, peruano y dominicano, pero nadie habla del argentino o del español que han llegado mucho. (EHT1)

Para llevar a cabo esta operación de clasificación y jerarquización, conjuntamente con el proceso de estigmatización que refiere a países específicos (Colombia, Perú, Bolivia, República Dominicana, Ecuador, Haití) los chilenos manifiestan poseer habilidades perceptivas y agudización de los sentidos, que les permite identificar especificidades fisonómicas y diferenciar a estas comunidades de otras nacionalidades. Estas habilidades se desarrollarían en los encuentros repetidos que construyen un racismo cotidiano basado en la supuesta experiencia de reconocimiento de características corporales y de cualidades ligadas a las formas, color, dimensión y volumen de los cuerpos. En lo que atañe a los inmigrantes, las características de cada nacionalidad se atan a características físicas vinculadas a la sexualización que permiten la diferenciación. Esta construcción racializada/sexualizada se proyecta en percepciones y significaciones que los chilenos construyen, como indicadores de atributos éticos y comportamientos, especialmente cuando se trata de trabajadores de sectores abiertos (chinos y coreanos por ejemplo), lo cual redundaría en la clasificación de inmigrantes provenientes de un mismo continente. Una última proyección venida de los significados otorgados a la “raza” se produce con los agentes de pueblos originarios (en especial Mapuche), tomando relevancia los procesos de mestizaje en tanto dispositivo biológico-político. El mestizaje de comunidades Mapuche con chilenos (conocido como “champurria”) genera una jerarquía diferenciada de reconocimiento en el mundo mapuche como en el chileno (por medio de la oposición entre mapuche/champurria/winka), identificable en la adscripción familiar patente en los apellidos, como en el color de piel, ojos y cabello. Se proyecta también un futuro de mestizajes, como un proceso dado en términos de codificación racial y sexualización. Como consecuencia, ciertas percepciones respecto de la belleza racializada/sexualizada de los cuerpos “negros” se transferirían al cuerpo mestizo.



(...) yo ya reconozco a una dominicana de una colombiana, una colombiana de una venezolana, una venezolana de una costarricense, una peruana de una boliviana, y una boliviana de una ecuatoriana. Esto porque todos somos distintos o tenemos rasgos distintos. O por ejemplo puedo distinguir a un coreano, de un japonés o de un chino, y no es por olor a ajo que dicen todos. El primero tiene cara redonda, el segundo ojos achinaos y el chino es más desordenado. Dicen el chino cochino como dice esa idea. El chino es más al lote, el coreano es más ordenado y el japonés tiene otro estilo de vida. Y la dominicana por ejemplo, la Y., que es dominicana es de ponchera, es de poncherita, pareciera embarazada, porque su guata es así. En cambio la colombiana, es de trasero más grande (...) más pechugona (...) La ecuatoriana no es fea, solo tiene rasgos indígenas. Es como las mapuches en Chile, que tienen rasgos indígenas autóctonos. Ahora en el caso de los mapuches, se fue perdiendo con los cruces, los inmigrantes que se fueron al sur, con los alemanes, las mezclas y se mezclaron y hoy viene gente indígena que es mapuche al 100% con sus dos apellidos indígenas pero de pelo rubio con ojos azules o de pelo claro con ojos verdes. No pega po'. Esas son las diferencias. Esa es la champurria. En mapuche, como mezcla. Tú puedes ser hijo de mapuche con apellido mapuche y otro español, entre comillas. Eso se llama champurria, es como mezcla, es como revoltijo, no tú te llamas AguilaPailaman, ya no eres mapuche eres champurria, yo voy a una comunidad mapuche y yo soy Aggila León, ahora si eres eres winka, que no eres mapuche. Situaciones, hay cosas como esa (...) Puede que mucha mujer de raza negra se quede en Chile, se case con un chileno blanco, más blanco que el pan blanco y nazca un hijo moreno, trigueño. De hecho una prima de mi señora en la volá con un compadre que ahora es bailarín exótico que le llaman (...) un vedeto. Ella es chilena, el es haitiano, e hicieron una vida en Chile y bueno él en un viaje falleció. La cosa es que quedó una niña. Y la niña es hermosísima. Porque la prima de mi esposa tiene el pelo crespo y él era negro. Y La hija es morena con rulo hermosa. Apoteósica, un monumento de mina. Bella po' weon, linda. (EHT1)

Otra característica relevante que construye significaciones frente a los estereotipos, es el acento y los modismos del español hablado por los chilenos y los inmigrantes. Las entrevistadas manifiestan rechazo a los modismos chilenos y a la pronunciación, considerando su propio acento como más expresivo, más claro, más apto para la comunicación y por tanto según señalan, más deseado por ser agradable para los chilenos. Sin embargo, la permanencia en Chile los ha llevado a adoptar algunos modismos locales, aunque les llama la atención el permanente uso de insultos.

... aquí hablan muy feo a mí no me gusta, a mí gracias a Dios no se me ha pegado nada (...)Y a ellos les encanta como uno habla, es que como uno, que el idioma de uno se entiende más que el de ellos. (EMT3)

Ay mijito no les entendía nada, ya que ustedes hablan un poco raro, ustedes lo saben, ustedes le cambian las palabras a las cosas, palabras que no están en el diccionario. A ustedes hay que hacerles un diccionario porque ustedes inventan las cosas (...) pero ya me estoy adaptando, pero ya entiendo todo normal. Hasta yo ahora digo 'jah conchatumare!', '¡puta la wea!' (EMT1)



Algunos me hablan todavía y yo no les entiendo muy bien porque hablan muy rápido. La forma en cómo ellos hablan es totalmente diferente a la de nosotros, ellos me entienden a mí pero yo a algunos no les entiendo porque hablan muy rápido (...) Hay palabras todas raras acá. ¡Aquí le dicen culiado a uno! Pero como jugando, utilizan esa palabra mucho entre ellos. (EHT1)

Un atributo del habla inmigrante es el volumen de la voz. Para los inmigrantes, los chilenos hablan en voz baja, contrariamente a ellos. Hablar ‘fuerte’ en voz alta se correspondería con el mayor bullicio de las calles en sus países de origen, principalmente originado por las bocinas de los vehículos. Dicha adaptación auditiva haría inaudible el habla chilena para la escucha inmigrante, y por lo tanto, su voz alzada sería interpretada por los chilenos como gritos, indicadores de poca sofisticación e incluso como carácter escandaloso.

Uno habla en tono alto a ustedes porque ustedes hablan bajiiiito. Y si uno habla bulla la gente te mira (...) Imagínate todos los dominicanos juntos que no hablan, gritan, ellos dicen que uno grita, claro es la cultura de un país de uno que es bulloso, escandaloso (...) Cuando vas a Dominicana te vuelves loco, de la bulla hay mijo, los carros, prriii, el motor, prrr, te vuelves loco. Aquí tú no ves eso. Acá ves vehículos y todo pero no ves con esa bocina de allá” (...) [Acá] se dan vuelta y te miran, asiii, como sale, que ordinaria, ¿por qué hablan así, por qué gritan decían? ¿Por qué gritan?”. (EMT1)

De hecho eso fue una de las cosas que al principio me chocó. Hablaba más alto, gritaba un poquito más. Me he adaptado como que hablar bajito, despacio, más pausado, de hecho no me entendían y me decían a veces “por favor habla más bajito que estas gritando” y fue como que me fui adaptando a hablar bajito que me parece maravilloso de hecho que cuando me reúno con cubanos veo que hablan muy alto, como que me molesta. (EHT4)

Asimismo señalan que lo que los chilenos perciben de ellos/as, tiende a establecer un nexo entre su inmigración, su color y su pobreza. En este sentido, las diversas prácticas negativas que se promueven a través de los medios de comunicación y desde el discurso oficial chileno, sitúan a estos inmigrantes principalmente en prácticas como el consumo de drogas, la ilegalidad y la prostitución, lo cual construye estereotipos que dificultan su vida e inserción en Chile.

El domingo nos juntamos y ahí ella empieza a contar todo lo que han dicho de mí porque ella como que anda conmigo. Que tan feo que soy, que soy negro, que soy haitiano y no tengo dinero, y que soy drogadicto, y marihuanero e inventan tanta cosa. (EHT1)



## Comentarios finales

Las entrevistas y las observaciones que de modo entregadas para este artículo se llevaron a cabo en cuatro terrenos consignados para este estudio (venta de productos y servicios en espacios abiertos, peluquerías, *cafés con piernas* y lugares de entretenimiento) donde los inmigrantes trabajan e interactúan. Se han mostrado percepciones y significados de la negritud que surgen diferenciadas por inmigrantes y chilenos que se afincan en estos cuerpos “negros”, como contenedores de capitales culturales y simbólicos que operarían económicamente por la vía del trabajo. Se observa un posicionamiento diferenciado de colombianos, haitianos, dominicanos, ecuatorianos y peruanos, que pasan por diversos maltratos. Por ejemplo, la “contratación” de servicios puede hacerse a viva voz, a veces con rapidez o simplemente no hacerse cuando el currículum no advierte del color de piel que se verifica en la entrevista. Durante las tareas, surgen hablas groseras acompañadas de tuteos, especialmente en aquellas labores precarias correspondientes a un trabajo flexibilizado, sin contrato y de largas jornadas. Ciertos empleadores tienden a jactarse de ahorrar cuando tienen dos o más trabajadores “negros” por el precio de un trabajador chileno. Los abusos proliferan en situaciones de urgencia, de irregularidad y de inseguridad, en un mercado de trabajo inmigrante, en razón de la tendencia económica a la circulación del capital en sectores de la ganancia, donde una fuerza de trabajo específica participa de una oferta mejor que la de otros países latinoamericanos. Por ello, la inmigración es una necesidad para las economías capitalistas mundiales: cuantitativamente como fuerza de trabajo y cualitativamente como disposición de esta misma fuerza; por lo tanto, cuando los inmigrantes “negros” -principalmente de situación irregular- son objeto ideal para lo que el capital precisa en los distintos mercados, cumplen una función particular en la reproducción de la fuerza de trabajo. En este marco, el racismo cotidiano (Van Dijk, 2007) como práctica permanente, que puede darse en forma de insulto o maltrato físico, o desde eufemismos que empequeñecen, animalizan o paternalizan, los inmigrantes “negros” pueden vivirlo como algo ‘natural’ que incide en el hecho de que consideren que su condición podría justificarse por el hecho de permanecer en un país que los ‘acoge’, donde lo que ganan siempre será más que en el suyo. Lo que ocurre en el día a día de estas vidas favorece su explotación y su desamparo, pues quedan fuera de todo derecho.

Hemos hablado con chilenos que dicen “comprender y entender” a estos inmigrantes, refiriéndose a ellos/as de modo suave, caracterizándolos por su alegría, su hablar bien, su simpatía y hasta su modestia; pero advirtiendo con palabras o gestos el conocido “a pesar de”, que marca claramente la frontera con el *sí mismo* chileno. Este modo de referirse a los inmigrantes (“fui a mostrar la guagüita negra a todo el personal de la oficina porque tenía un pelo terriblemente crespito y una nariz de botón”), abre la posibilidad de pensar el acoso racista señalado por Van Dijk, que tiene efectos negativos para la calidad de vida del inmigrante. Aunque todavía no es posible analizar la relación de estas prácticas con la construcción de identidades y con nuevas formas de racismo, podemos avanzar ideas preliminares respecto a estas últimas desde las interacciones observadas. Dada la invisibilización de la presencia “negra” que naturaliza una ausencia proveniente del discurso generalizado que sostiene que: “no ha habido negros en Chile”, el racismo se devela en lo cotidiano, en acciones y discursos que diferencian a los “negros malos” de los negros buenos” a partir de marcas físicas (negritud más o menos visible, forma del cuerpo, musculatura cuidada, altura, dimensiones sexuales) y marcas culturales generalizadas, naturalizadas y objetivadas en atributos



negativos (ladrones, narcotraficantes, prostitutas, agresivos, machistas, promiscuos, peligrosas) o positivos (buena educación, calma, respeto, ponderación, puntualidad, medida). Estamos frente a una suerte de “cercanía del inmigrante” que atrae por su exotismo siempre y cuando no *contamine, infecte* o amenace directamente a los chilenos. Los inmigrantes “negros” suelen aparecer como los nuevos bárbaros o los enemigos que escandalizan por su visible diferencia corporal. Pero también y, a partir de lo anterior, el racismo sobre estos Otros (Van Dijk, 2007), al reproducirse desde lo cotidiano, se enquistaba en las instituciones y en los medios de comunicación controlados por quienes dominan. Es la fuerza acuñada por el conocido concepto de Huntington (2005) del “choque de civilizaciones” que supone la imposibilidad del encuentro entre “blancos” y “negros”. Sin embargo el Otro permanece como reversa del Nosotros identificador, buscado por los nacionales en estos cuerpos “extraños”, en sus movimientos, gestos y, según algunos, en sus pensamientos. Pero en dicha reversa quedan atrapados sentimientos imposibles de dominar cuando se trata del deseo que acapara al cuerpo y al sentir. Las clasificaciones jerarquizadas provenientes de las significaciones del estereotipo “negro”, implican un pensamiento tipológico que precisa ser examinado desde las lógicas que hacen posible las interacciones, ya que abren la mirada hacia los racismo que se están actualmente configurando. Más allá de una sexualización marcada de los cuerpos “negros” (Tijoux, 2011) seguiremos buscando la estructuración de ese *sí mismo* chileno que da cuenta de un *habitus* cobijado en la moral de nuestra sociedad. Aunque la UNESCO declarara que “la raza no existe”, conduciendo a las comillas con que debemos tratar al concepto para promover la igualdad humana, parece que en las actuales condiciones económicas de un capitalismo que gana, cuando un sistema político le abre las puertas, la “raza” sigue más presente que nunca, anclada a la clase y a la Nación. Los efectos perversos de esta posición de deconstrucción de la “raza”, siguen produciendo múltiples discriminaciones. Hoy día la “raza” se ha vuelto palabra común, posicionándose nuevamente como un término fisiognómico que busca integrar al mismo tiempo los rasgos biológicos, culturales, sociales, religiosos y económicos con el propósito de reducir al Otro a una identidad colectiva cercada por la xenofobia (Boetsch, 2008). La “raza” reparte cuerpos al campo racista legitimando el racismo, evitando pronunciarlo en nombre de los derechos humanos. Pero estos cuerpos son labios, narices, orejas y cabellos; pedazos de cuerpos aniquilados por el cuchillo o el humor según la sociedad y el momento, deshumanizados y colocados en los umbrales de la muerte (Tijoux, 2011). Seguiremos buscando los entramados que consiguen endurecer la piel nacional, obstaculizando la posibilidad de construir el conocimiento que parte de la vida cotidiana.



### Bibliografía citada

- ALLPORT, Gordon (1958); *The Nature of Prejudice*, Anchor Books, New York.
- APPIAH, Anthony (2000); “Racial Identity and Racial Identification”, en *Theories of Race and Racism*, Routledge, New York.
- AZÚA, Ximena (2001); *Soy Negra pero hermosa. Testamentos de las mujeres negras de la Colonia*, acceso 15 de diciembre de 2013 en <http://uchile.cl/facultades/filosofia/publicaciones/cyber/cyber19/azua.html>
- BALIBAR, Etienne (1989); « Le racisme: encore un universalisme ». Mots. Les langages su politique N° 18, pp. 7-20.
- BALIBAR, Etienne y WALLERSTEIN, Emmanuel (1991); *Raza, nación y clase*, Siglo XXI, México.
- BARRENECHEA, Paulina y ANGULO, Pablo (2011); “A propósito del currículum escolar chileno: acercamientos críticos desde las humanidades”, *CISMA, Revista del Centro Telúrico de Investigaciones Teóricas*. N° 2, Chile.
- BASHI, Virna, y McDANIEL, Antonio (1997); “A Theory of immigration and racial stratification” en, *Journal of Black Studies*, vol. 27, N° 5, Universidad de Pennsylvania, Estados Unidos.
- BOETSCH, Gilles (2008); “Race”, en *Dictionnaire du corps*, CNRS Editions.
- BOURDIEU, Pierre (2007); *El sentido práctico*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- BRIONES, Viviana (2004); “Arica colonial: libertos y esclavos negros entre el lumbanga y las maytas”, en Chungará”. *Revista de Antropología Chilena*, Universidad de Tarapacá, Arica, v. 36, suplemento especial N° 2, pp. 813-816.
- CORDERO Guzmán, Héctor, SMITH, Robert, GROSGOUEL, Ramón (2001); *Migration, Transnationalization and race in a changing New York*, Temple University Press, U.S., Philadelphia PA.
- CUSSEN, Celia L. (2009); *Huellas de África en América: perspectivas para Chile*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria / Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Fondo de Publicaciones Americanas, Chile.
- DE CERTEAU, Michel (2000); *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, México.
- DORLIN, Elsa (2007); *Performe ton genre, performe ta race!: Re-penser l’articulation entre sexisme et racisme a l’ère de la postcolonie*, acceso el 18 de junio de 2013 en <http://www.sophia.be>
- DUBINOVSKY, Adela, (2007); “El tráfico de esclavos en Chile en el comercio mundial en el Siglo XVII”, en Boletín Americanista.
- FASSIN, Eric (2009); “Aveugles à la race ou au racisme? Une approche stratégique” en Didier Fassin y Eric Fassin (dir.) *De la question sociale à la question raciale ?* La Découverte, Paris,
- GOFFMAN, Erving (1993); *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu Editores. Buenos Aires.



HUNTINGTON, Samuel (2005); *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Buenos Aires.

LIPPMANN, Walter (1922); *Public Opinion*, Macmillan, New York.

MARTINEZ, Jorge (2003); “El mapa migratorio de América Latina y el Caribe”, *Series CEPAL*, N° 44, Población y desarrollo, Santiago.

MELLAFE, Rolando (1959); *Introducción de la esclavitud negra en Chile: tráfico y rutas*, Universidad de Chile, Santiago.

MEMMI, Albert (1982); *Le racisme: description, définition, traitement*, Gallimard, París.

----- (1994); *Le racisme*, Gallimard Folio Actuel, París.

MERLEAU PONTY, Maurice (1994); *Fenomenología de la percepción*, Gallimard, París.

MORA, Claudia (2008); “Globalización, género y migraciones”, en *POLIS*, revista de la Universidad Bolivariana en Santiago, vol. 7, N° 20, pp. 285-297.

NOVICK, Susana (2008); *Las migraciones en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires.

PERI, Rene (1999); *La raza negra en Chile. Una Presencia Negada*, Ediciones LOM, Santiago.

PLATERO Raquel (Lucas), POZA, Alicia (2013); “¿Cómo nos transforma el feminismo?”, en Rezola, Rodolfo, *Otra Educación es posible*, Laertes, pp. 279-298, Barcelona.

STEFONI, Carolina (2003); *Inmigración peruana en Chile: una oportunidad a la integración*, Editorial Universitaria, Santiago.

TIJOUX, María Emilia (2011); “Negando al ‘Otro’. El constante sufrimiento de los inmigrantes peruanos en Chile”, en Stefoni, Carolina (Compiladora), *Mujeres inmigrantes en Chile ¿Fuerza de trabajo o mujeres con derechos?* Universidad Alberto Hurtado, Chile, pp. 17-42.

----- (2013); “Niños marcados por la inmigración peruana: estigma, sufrimientos, resistencias”, en *Convergencia Revista de Ciencias Sociales*, año 20, N° 61, pp. 83-104.

VAN DIJK, Teun A. (2007) *Racismo y discurso en América Latina*, Editorial Gedisa, Buenos Aires.

